

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA CUARESMA DEL 2001 «EL PECADO Y LA SANTIDAD»

Catedral de La Habana, 28 de marzo del 2001

Hoy nos parece más fácil, en este camino que recorreremos hacia la Pascua, considerar el pecado y la santidad situándonos frente a la cruz del Redentor. De ella, como alzado entre cielo y tierra, cuelga el Santo de los Santos, el que muere perdonando y entregando su espíritu en manos del Padre. Alrededor del patíbulo infame están las turbas azuzadas tanto por las autoridades religiosas como por los notables del pueblo y los gobernantes civiles y militares, que vociferan y piden la muerte del justo y la libertad de un salteador de caminos. Repito que parece fácil descubrir de qué lado está la santidad y de qué lado está el pecado. La santidad está en el crucificado y el pecado en sus verdugos. Pero este aparentemente fácil discernimiento objetivo, histórico, se vuelve complicado y difícil cuando se trata de nosotros mismos. ¿Dónde está el pecado? ¿Es posible la santidad en nosotros? ¿Quiénes son los pecadores y quiénes son hoy los santos?

Escuchemos lo que decía el Papa Pío XII en un mensaje radiofónico difundido el 26 de octubre de 1946: *«quizá el mayor pecado del mundo de hoy consista en el hecho de que los hombres han empezado a perder el sentido del pecado»*. Cincuenta años más tarde, esta constatación parece todavía más evidente y preocupante.

El pecado solo puede comprenderse de cara a Dios, su inmensidad y su amor. Si el hombre de hoy pierde la noción del pecado es porque la noción de Dios se ha oscurecido también en su mente y en su corazón. Palabras como contrición, arrepentimiento, dolor de los pecados parecen ajenas a la cultura actual. Cuando tratamos de establecer la gravedad del pecado (mortal o venial), de la pena en que se incurre (purgatorio o infierno), de la calidad de la contrición (perfecta o imperfecta), hay un total desconocimiento de esas categorías y aun se manifiesta repugnancia hacia todo lo que signifique penitencia o satisfacción, son muchas las causas de esta crisis.

Nunca más que hoy el hombre ha hablado de libertad y reclama libertad, pero al mismo tiempo nunca como hoy el hombre ha tenido menos libertad y esto lo constata la misma reflexión científica actual. El ser humano hoy está más condicionado por la propaganda, por las ideologías, por las urgencias de las cosas materiales, por los tranquilizantes que toma, por los estados depresivos y ansiosos debido a los múltiples conflictos familiares o sociales. Hoy, el ser humano tiene más temor que nunca a ser robado, asaltado, agredido, encarcelado, multado, etc. Curiosamente, el hombre es tan poco libre, que rechaza cualquier cosa que sienta que le pueda quitar otro poco más de libertad. Por eso no se comprometen el hombre y la mujer de hoy en matrimonio, tienen miedo de entregar su libertad el uno al otro para toda la vida.

También experimenta miedo el ser humano a entregar su corazón a Dios, a abrirle una cuenta en blanco. De ahí la disminución de las vocaciones a la vida sacerdotal o religiosa. Extrañamente, para cometer pecado hay que ser libre, para arrepentirse hay que ser libre y para comenzar una vida nueva hay que ser libre.

Solo Dios puede liberar al hombre, pero el hombre no percibe a Dios como un liberador, no lo conoce desde este ángulo, lo recuerda más bien como juez, como el que impone leyes y castigos a los que las violan.

Sin embargo, si bien el hombre no descubre cuándo peca, ni cuál es la gravedad del pecado, el sentimiento de culpabilidad no ha dejado de crecer en los últimos tiempos de la historia de la humanidad. Hoy, el número de los que acuden a las consultas psicológicas o psiquiátricas es infinitamente mayor que el de los que acuden al sacerdote para que los atiendan en confesión o en dirección espiritual. Pero la culpabilidad no es el arrepentimiento o dolor por haber pecado, es un sentimiento malo de responsabilidad perversa que puede venir de factores psicológicos, de traumas

infantiles, de relaciones familiares inadecuadas, del trato de los maestros en la escuela, de la opinión que la persona ha recogido sobre ella en su vida, etc. Paradójicamente, cuando alguien llega a reconocer su pecado, cuando es capaz de dejarse liberar por Dios y actuar como un hombre libre que se responsabiliza con el mal que ha hecho, descubre enseguida que los sentimientos de culpa son de orden psicológico y enfermizo y que deben tratarse en otro plano y se capacita para luchar contra ellos. La gran maravilla de la revelación de Dios en el Antiguo y en el Nuevo Testamento es que el pecado, en su misma maldad, puede abrirnos a la esperanza, porque Dios *perdona* nuestros pecados.

El pecado no es una ofensa a Dios en el sentido mismo en que yo puedo ofender a otra persona. Dios está muy por encima de nosotros para que le alcance una ofensa de un ser pobre y miserable como somos cada uno de nosotros, la ofensa a Dios está en echar a perder su imagen en nosotros mismos, en dañar lo que Él ama. Dios nos ama y, por el pecado, nosotros actuamos como si destruyéramos la obra de amor que Dios ha hecho en nosotros. Dios ama al prójimo y, al maltratar al prójimo, maltratamos la obra de amor que Dios ha hecho en cada ser humano. He ahí nuestra ofensa.

El pecado es, más bien, ruptura de una amistad. Habría que leer entero el capítulo de aquel pecado que representa todos los pecados y que aparece como el primero en la Biblia: el pecado de Adán y Eva.

Había una amistad de Dios con el hombre y la mujer y lo dice en frase ingenua y poética el autor: *cada tarde, Dios se paseaba en la brisa del atardecer junto con el hombre y la mujer en el jardín*. Después del pecado, el hombre y la mujer se esconden de Dios, saben que no han sido fieles a la amistad de Él, que no han cumplido el deseo que, para protegerlos del mal, Dios les había comunicado, y no es Dios quien los aleja de Él, son ellos los que se alejan de Dios. Les recomiendo que lean esos primeros capítulos del Génesis donde se narran la creación y el pecado, los reflexionen, los recen para que comprendan realmente qué es pecar, es romper una amistad, separarnos, alejarnos de Dios, quedarnos en nuestro mundo con nuestros caprichos y perder esa intimidad que nos hace encontrar cada día a nuestro Creador y Padre que, sin embargo, nos sigue amando y buscando con el deseo de perdonarnos.

El pastor que salió a buscar la oveja perdida, el que cuando la encuentra se la carga sobre los hombros y dice a todo el mundo su alegría por haberla encontrado, es el Hijo Eterno del Padre, enviado por Él, que no se cansa de amarnos y buscarnos para introducirnos en su amistad, que nos recibe como al hijo pródigo que retorna a la casa paterna. Por esto, Jesús no habla del pecado como tema aparte, Él sale a encontrar al pecador, se sienta a comer con ellos porque *«no necesitan médicos los sanos, sino los enfermos»*. Nunca desprecia a un pecador. Lo pone frente a su pecado como hizo con la mujer adúltera, a quien defendió de la acusación de los que se consideraban sin culpa y la animó a que no pecara más. Esa escena es el modelo perfecto de lo que debe ser la confesión de un cristiano y del ministerio que ejerce el sacerdote cuando escucha al penitente arrepentido.

Jesús mandó a sus discípulos a perdonar los pecados. La Iglesia, cuando habla del pecado, no habla ni debe hablar del juez que castiga, del horror del pecado en el corazón humano, pensemos que ya el hombre se siente abrumado y estremecido por la culpa. La Iglesia habla de la liberación obrada por Cristo, invita al hombre y a la mujer a venir a buscar esa liberación en el sacramento del perdón.

La Iglesia proclama la misericordia y el amor de un Dios que tanto nos amó que envió a su Hijo, y el Hijo crucificado desde lo alto del madero perdonó a todos los que lo torturaban diciendo al Padre que ellos no sabían lo que hacían. Cuando el hombre pecador se enfrenta a la santidad de Dios no queda fulminado por un rayo divino que lo aniquila, sino que recibe toda la fuerza del amor, toda la gracia de la misericordia para que pueda arrepentirse y entonces queda libre por el perdón y restituido a la esperanza. Para esto, el ser humano debe conocer la maldad del pecado, debe evitarlo, debe ser realmente libre, debe estar seguro de tener para esto la fuerza divina, el don del espíritu que

Jesús prometió a los suyos y debe aprender que en el perdón está la esperanza y la posibilidad de destruir las culpabilidades malsanas que lo acompañan en su vida.

Es un gran error excusar todos los pecados concediendo que el hombre está condicionado, es ignorante, tiene muchos problemas, que el mundo de hoy no tiene noción del pecado, que más bien hay que darle poca importancia a las acciones del ser humano objetivamente malas, etc., porque así infantilizamos al hombre y la mujer adultos, los hacemos incapaces de acceder a la verdadera libertad de los hijos de Dios, se vuelven seres privados de responsabilidad, crece su angustia por culpas falsas y verdaderas, por complejos y traumas, y las personas viven angustiadas, encerradas en sí mismas, sin descubrir la maravilla del perdón y de la esperanza.

En la fe de la Iglesia primitiva, el don del Espíritu Santo estaba íntimamente unido con el perdón de los pecados. Así lo vemos en el libro de los Hechos de los Apóstoles, donde Pedro dice: *«Arrepiéntanse, bautícense cada uno invocando el nombre de Jesucristo, para que se les perdonen los pecados, y recibirán el don del Espíritu Santo. Pues la promesa vale para ustedes y sus hijos y para los lejanos a quienes llama el Señor Nuestro Dios»* (Hch 2, 38-39).

La santidad

La idea de santidad está presente en todas las religiones de modos diversos. Casi siempre es como una misteriosa potencia que está relacionada con el mundo divino y que es también inherente a personas, instituciones y objetos particulares. Todo lo que es santo debe estar separado, no se debe tocar, hay como una energía peligrosa en lo santo. En las tradiciones religiosas africanas de Cuba, cuando alguien se hace iyawó se viste de blanco que es el color de la pureza en la tradición cristiana (y no olvidemos que hay muchos elementos del cristianismo mezclados con esta religiosidad), pero esa persona no toca a nadie ni se deja tocar por nadie. Será una persona separada. Tendrá como una energía especial. Sin embargo, podrá tocar al sacerdote católico, dejarse tocar por él, pedirle su bendición, etc., porque el sacerdote católico tiene aún una «energía superior», «una consagración superior».

En la Biblia, en el Antiguo Testamento, el término «santo» solo se aplica absolutamente al Señor Dios del Universo: Santo, Santo, Santo es el Señor (Is 6, 3). Esto significa que la santidad constituye lo propio del ser de Dios. Esta santidad se manifiesta en la tierra como «gloria». Así, la gloria es como el resplandor de la santidad de Dios. En su amor de padre, que libra a su pueblo de la esclavitud de Egipto, Dios se cubre de gloria.

En los profetas, la santidad de Dios se revela a través de la imagen del esposo que perdona a la esposa (el pueblo infiel). Así aparece la santidad divina como la fuente de la misericordia perenne que transforma y renueva la vida del pueblo de Dios.

En los evangelios, Dios es el «Padre Santo» (Jn 17, 11) que revela su santidad, su gloria, en la Cruz y en la resurrección de su propio Hijo. Para el evangelista San Juan, la santidad de Dios se manifiesta plenamente en la exaltación del Hijo, es decir, en su muerte y resurrección. La gloria de Dios llena toda la tierra porque Jesús. *«levantado en lo alto, lo atrae todo hacia sí»* (Jn 12, 32).

Así aparece la santidad de Dios profundamente unida a su inmenso amor, como el que se revela en Jesús, que da su propia vida para que todos tengan vida en abundancia.

Los cristianos están llamados a ser santos como el Padre Celestial es Santo. A eso se refiere la primera petición enseñada por Jesús cuando nos dijo cómo dirigirnos al Padre. Después de decir *Padre nuestro que estás en el cielo*, lo primero que pedimos es: *«santificado sea tu nombre»*. Lo que esto significa es que la santidad de Dios nos sea comunicada a nosotros, los hombres y mujeres, haciéndonos participar de su amor, de su vida, de su Espíritu, a fin de que el nombre de Dios sea santificado en nosotros con nuestro modo de vivir.

En el Nuevo Testamento, la santidad de Dios pertenece de modo total a Jesús, Él es Santo por ser, solo Él, Hijo de Dios (Lc 1, 35), por eso participa de la vida del Padre. Siendo «*el Santo de Dios*» posee el Espíritu de Dios y da este Espíritu para que nosotros podamos vencer las potencias del mal. Aplicamos el adjetivo santo al Espíritu para subrayar justamente que es Él, el Espíritu Santo, quien realiza la santidad divina en nosotros, puesto que nos comunica la vida del Padre Santo y del Hijo Santo.

Dice San Pablo en su Carta a los Romanos que «*el amor de Dios se derrama en el corazón de los creyentes con el Espíritu Santo que se nos ha dado*» (Rm 5, 5).

Jesús, con su resurrección, participa plenamente de la vida y de la santidad de Dios; pero del mismo modo, también los bautizados son santos por participar de la resurrección de Cristo, tienen el Espíritu Santo que los hace templos de Dios. La santidad constituye así el fundamento y el punto de partida del compromiso moral del bautizado: él debe manifestar esa vida nueva de la resurrección en toda su existencia, en la cotidianidad de su trabajo, y tratar de transformar al mundo con esta energía vivificadora. Por eso, la moral del cristiano es moral de la nueva alianza, de la resurrección, del Espíritu. Solo así es posible actuar evangélicamente; para el cristiano no se trata de cumplir una serie de normas legales y éticas, muchas de las cuales parecen imposibles; sino vivir confiado en que lo que es imposible para el hombre lo realiza Dios con el poder de su Espíritu.

Esa es nuestra condición en el mundo: ya santos y todavía no santos. Dejándose guiar por el Espíritu Santo el cristiano, creciendo en la fe, tiende cada vez más a la perfección y va realizando el proyecto que Cristo le presentó de ser santo como el Padre Celestial es Santo. El Papa Juan Pablo II no cesa de invitar a todos los hombres y mujeres cristianos a la santidad. El Año Santo fue un llamado para que todos creyéramos que es posible ser santos. Por eso fueron beatificados y canonizados tantos hombres y mujeres, religiosos, sacerdotes, mártires, laicos, para anunciar al mundo que el proyecto de santidad de Jesús es posible y es también para hoy.

El Concilio Vaticano II expuso claramente la doctrina de que la santidad cristiana consiste en la unión con Cristo, Verbo encarnado y Redentor nuestro. Por ello, todos los miembros de la Iglesia, tanto si pertenecen a la jerarquía como si son dirigidos por esta, están llamados a la santidad, según las palabras del apóstol: «*Ahora bien, esta es la voluntad de Dios: la santificación de ustedes*».

Al analizar este texto se advierte, ante todo, que la obligación moral de tender a la santidad es común a todos los miembros de la Iglesia.

Hay una sola santidad, pues, pero debe ser cultivada según la vocación de cada uno: los casados como casados, los consagrados como tales, el sacerdote, el obispo, según su condición.

No debemos limitarnos a considerar la santidad como una cuestión puramente individual. Todos los que estamos en la Iglesia debemos aspirar a una vida de santidad y esto se debe a que participamos de la vida, de las aspiraciones y del dinamismo de la misma Iglesia, que es Santa. Así la comunidad cristiana debe vivir la santidad en común, con un amor activo y unificador, sosteniéndose unos a otros mutuamente, uniéndose para alabar al Señor y para el bien de la comunidad humana donde viven.

Pero, como la Iglesia es Una y la forman todos aquellos que son de Cristo, es evidente que abarca no solo a los seres humanos que viven en este mundo, sino también a aquellos que en el purgatorio se preparan para su ingreso en la gloria y, con mayor razón aún, a todos los bienaventurados, o sea, aquellos que, después de haber vivido cristianamente y haber aceptado santamente la muerte, participan ya de la gloria del Señor. No debemos olvidar, pues, que la Iglesia es una realidad mayor que esa parte suya que trabaja, gime y sufre aquí en la tierra; podríamos decir que su parte más viva es la que reina ya con Cristo en el cielo. Esto lo ha vivido la Iglesia desde sus comienzos como una de las cosas más connaturales y queridas para ella y ha proclamado «santos»

desde sus orígenes a algunos fieles que, por excelencia, han seguido hasta el fondo los llamados del Señor y se encuentran ahora unidos a Él de forma particularmente íntima y destacada en la gloria.

Escuchemos lo que nos enseña el Concilio Vaticano II en la Constitución *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, con respecto a la santidad y el culto a los santos: «La Iglesia de los peregrinantes, reconociendo perfectamente esta comunión de todo el cuerpo místico de Jesucristo, desde los primeros tiempos de la religión cristiana cultivó con gran piedad la memoria de los difuntos... la Iglesia siempre ha creído que los apóstoles y mártires de Cristo, al dar pleno testimonio de su fe y de su caridad con la efusión de su sangre, están estrechamente unidos a nosotros en Cristo, y por ello los ha venerado con particular afecto, junto con la Santísima Virgen María y los Santos Ángeles... a ellos se añadieron en poco tiempo otros que habían imitado más de cerca la virginidad y pobreza de Cristo; y, por último, aquellos otros cuyo especial ejercicio de las virtudes cristianas y de los carismas divinos los hacía merecedores de la piadosa devoción e imitación por parte de los fieles» (LG 50). Y añade en el mismo número el Concilio Vaticano II: «Es, por lo tanto, sumamente justo que amemos a estos amigos y coherederos de Jesucristo y también hermanos nuestros a la vez que insignes bienhechores y que por ellos demos las debidas gracias a Dios, les dirijamos súplicas y oraciones, recurriendo a sus plegarias y a su poderosa ayuda para impetrar gracias de Dios mediante su hijo Jesucristo Nuestro Señor que es nuestro único redentor y salvador. Efectivamente, todo nuestro testimonio de amor a los santos tiende y termina por su naturaleza en Cristo, que es «la corona de todos los santos y a través de él en Dios que es admirable en sus santos y es glorificado en ellos».

La santidad no es, pues, algo raro o extraño. Nosotros hemos convivido con santos. En esta misma Catedral, durante más de veinte años, fue párroco el Padre Jerónimo Usera, fundador de las Hermanas del Amor de Dios y hombre lleno de amor a los pobres y marginados.

Esperamos que pronto la Iglesia lo proponga a todos los católicos del mundo como modelo de vida santa y lo mismo podemos decir del Padre Félix Varela, que enseñó junto a esta Catedral en el Seminario San Carlos, que amó a Cuba y deseó verla transformada por las virtudes de sus hijos, pero dijo que *no hay Patria sin virtud ni virtud sin religión* y vivió y murió pobre y sirviendo a los más desvalidos.

Hombres y mujeres santos han caminado y caminan hoy por las calles de nuestra ciudad y muchos otros pecadores, que se hacen notar más, pero que están llamados también por Dios a cambiar de vida y a ser santos. La Cruz de Cristo nos descubre el amor inmenso de Dios a nosotros que nos entregó a su Hijo. Con ese mismo amor son perdonados nuestros pecados y nos hacemos capaces de emprender el camino de la santidad.